

Entre el mito y la realidad

Barcelona, 1902

Angel Duarte

Hace ya veinte años, en 1971, Alfonso Colodrón publicaba su estudio de la huelga general que, en febrero de 1902, había paralizado Barcelona. Dicho texto aparecía, tras la primavera de 1968, en un contexto favorable a la recuperación, en el seno de la izquierda y del movimiento obrero, del principio de huelga general concebida como *instrumento de Lucha para condenar y rechazar, de manera global, el sistema establecido* ¹.

A partir de aquel primer trabajo se sucedieron las aproximaciones al conflicto de 1902. La articulación del obrerismo, la evolución del anarquismo, el tránsito entre las viejas formas de agitación popular y las nuevas modalidades de presión colectiva o episodios, tan destacados para la comprensión del conflicto social en los primeros años del siglo, como la Semana Trágica se habían de explicar teniendo en cuenta el impacto material y psicológico de la huelga de 1902 ².

¹ COLODRÓN, A.: "Aproximación al estudio de la huelga general (la huelga general de Barcelona de 1902)", en *Revista de Trabajo*, núm. 33, pp. 67-119, 1971. Una visión coetánea en *La huelga general en Barcelona. Jurdadera relación (...) por un testigo ocular*. Barcelona, s. f.

² CONNELLY ULLMAN, I.: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*. Barcelona, 1972. CHADRAT, X.: *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Ed. de la Revista del Trabajo. Madrid, 1976. GABRIEL, P.: "El anarquismo en España", en WOODCOCK, G., *El anarquismo*. Barcelona, 1979. Y *Sindicats i classe obrera a Catalunya, 1900-1923*, tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona, 1982. ROMERO MAURA, J.: *La Rosa de Fuego, El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*. Barcelona, 1975.

Por otra parte, dicho impacto afectó al proceso de configuración del catalanismo político³ y de reformulación de la cultura política republicana⁴, Y obligó a un replanteamiento de las estrategias patronales en una época preñada de amenazas para el orden social vigente⁵. A estas alturas contamos, pues, con una bibliografía abundante que aporta una visión exhaustiva del desarrollo del conflicto y una serie de interpretaciones sobre su trascendencia en el desarrollo posterior del obrerismo y de la política reformista y de contención contrarrevolucionaria articulada desde los ambientes burgueses. Por ello, las líneas que vienen a continuación se ceñirán a reflexionar sobre las pervivencias y las innovaciones que pueden detectarse en relación a la idea de la huelga general y a propósito de las limitaciones que, para su realización, se pusieron de relieve en 1902.

1. La huelga general en el discurso obrerista, 1873-1898

En España, la teorización sobre la huelga general como método de acción del proletariado arranca de los años de la Primera Internacional. Fue entonces cuando, en base a las experiencias del Bienio progresista y del proceso ulterior de construcción ideológica y orgánica del obrerismo, se hizo un esfuerzo para deslindar la acción colectiva de la clase obrera -tanto para la consecución de mejoras concretas como en el combate por una nueva sociedad- de la lucha para la reforma de las estructuras políticas. *La Federación*, órgano de la federación obrera de Barcelona, publicaba, en septiembre de 1873, una serie de artículos remarcando el carácter autónomo de la huelga general proletaria, aunque su realización se postergaba a un futuro incierto. Bajo la Primera República, en un contexto presidido por el fracaso del cantonalismo y la amenaza carlista, los internacionalistas rechazaron el recurso inmediato a una acción colectiva que entroncaba con el motín, que permitía la confluencia con los medios fede-

³ DE RIQUER, B.: *Lliga Regionalista: la burguesía catalana i el nacionalisme (1898-1904)*. Barcelona, 1977.

⁴ CULLÀ I CLARA, I. B.: *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*. Barcelona, 1986. ALVAREZ JUNCO, J.: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, 1990.

⁵ NADAL, T., y SUDRIÀ, C.: *Història de la Caixa de Pensions*, pp. 15-46. Barcelona, 1981. RAMOS, C., Y BENGOCIEBA, S.: "La patronal catalana y la huelga de 1902", en *Historia Social*, núm. 5, pp. 77-95. Valencia, 1989. En los años del cambio de siglo la burguesía catalana y española padece una de las cíclicas oleadas de pánico social que, en el caso británico, ha señalado JONES, C. S.: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, pp. 187. Madrid, 1989.

rales radicalizados y que adquiriría su pleno significado en tanto que movimiento popular orientado a la conquista del poder local ⁶. La transformación social mediante la colaboración interclasista, o gracias a iniciativas locales o nacionales aisladas, deviene impensable. Y, en consecuencia, los bakuninistas españoles pasan a plantearse, como tareas prioritarias, la consolidación de la organización obrera y la intensificación de la propaganda.

En los primeros tiempos de la Restauración borbónica de 1874, el movimiento obrero, reducido a la marginalidad, mantuvo las mismas tesis. *Somos partidarios de la resistencia al capital, hasta que un cambio radical modifique la forma del mismo*, declaraba, en 1881, la Sociedad de Tejedores a Mano de la barcelonesa villa de Gracia. La eficacia de la resistencia se concreta en la reglamentación de las huelgas. La disciplina y la subordinación de las iniciativas a los acuerdos de las uniones de oficio de la nueva Federación de Trabajadores de la Región Española potencian la estrategia de las huelgas parciales en detrimento de la perspectiva de huelga general ⁷. Con todo, cabría añadir que la pluralidad doctrinal inherente al anarquismo posibilita que, en esos mismos años, aparezcan en la prensa ácrata puntos de vista contrapuestos que, sin alterar, en esencia, el discurso elaborado desde la FTRE, facilitaron la pervivencia del mito entre las bases militantes ⁸.

Desde 1888 se abre una fase de hostilidad libertaria a toda forma de organización sindical estable ⁹. El debate doctrinal canaliza la ac-

⁶ TERMES, I.: *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, pp. 193, 209 Y 216-219. Barcelona, 1972. ALVAREZ JUNCO ve en la recuperación del principio de huelga general un retorno a los principios de la Primera Internacional: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, p. 572. Madrid, 1976. ROMERO MAURA: *La Rosa...*, p. 205. *La Huelga General* justificaba el papel de la huelga en la declaración del Consejo Federal de la RF de la AITE, de 31 de enero de 1872; 15 de noviembre de 1901, p. I. Su redactor, Anselmo Lorenzo, era "uno de los personajes que mejor expresa la continuidad entre el primer internacionalismo español y el anarcosindicalismo"; ALVAREZ JUNCO: prólogo a LORENZO, A., *El proletariado militante*, p. 18. Madrid, 1974.

⁷ GABRIEL, P.: "El marginament del republicanisme i l'obrerisme", en *L'Avenc*, núm. 85, pp. 34-38. Barcelona, 1985. Sociedad de Tejedores en *Revista Social*, 15 de septiembre de 1881, p. 4. Para la FTRE, GABRIEL, P.: "Movimiento obrero y Restauración borbónica", en *Historia de España*, vol. 10, *La Restauración (1874-1902)*, pp. 382 y ss. Barcelona, 1990. Reglamentación de las huelgas, en la FTRE (art. 12), en *Revista Social*, 4 de junio de 1885, p. 2. Parece claro que el "reglamentarismo" en materia de huelgas no fue privativo del sindicalismo socialista; véase PÉREZ LEDESMA, M.: *El obrero consciente*, pp. 198-201. Madrid, 1987.

⁸ *Revista Social*, 6 de agosto de 1885, p. 4.

⁹ ALVAREZ JUNCO: *La ideología...*, p. 384. Dos tesis explican el fracaso de la FTRE: "su ineficacia para enfrentarse, con éxito inmediato, contra la estructura política de

tividad anarquista, en tanto que a la acción colectiva, a la huelga, se opone la acción directa individual, el atentado. La dinámica represiva desencadenada por el terrorismo resta eficacia a las organizaciones societarias. A fines de siglo, la huelga general deja de tener relevancia en el discurso ácrata y el atrincheramiento intelectualista acentúa las dificultades de conexión entre los activistas libertarios y un obrerismo que se mantiene vivo al amparo de las federaciones y sociedades de oficio. La lectura de los periódicos que aparecieron con la nítida intención de facilitar la reflexión teórica -*Acracia* (1886-88), *Ciencia Social* (1895-96)- muestran el vacío que se registra en torno a la idea de huelga general ¹⁰.

Un breve paréntesis quebró esa tónica general. Las primeras jornadas del 1 de mayo crean el espejismo de un súbito cambio social. El abandono generalizado del trabajo aparece como el atajo que ha de llevar a los desheredados de la tierra a la emancipación. *La voluntad del hombre consciente que al declararse en huelga va dispuesto a jugar el todo por el todo, atravesando un nuevo paso de las Termópilas* y la solidaridad del grueso de los obreros españoles sustentan esa confianza ¹¹. El desencanto subsiguiente, que empieza en 1892 y nace de la nula efectividad de las huelgas de brazos cruzados, da lugar a un replanteamiento: *Quieras que no, las huelgas próximas serán violentas y, parecidas al huracán implacable que todo lo arranca, harán crujir el viejo mundo, o cobardemente la humanidad morirá de tisis* ¹². El terror con que la burguesía contempla la agitación obrera constituye, en 1890-92, la otra cara de la esperanza proletaria. Una esperanza que, al desvanecerse, da paso al ensimismamiento doctrinal de los núcleos anarquistas y, con ello, al resurgir del activismo terrorista, así como a la práctica estrictamente sindical del asociacionismo trabajador ¹³.

la España de la Restauración", *ibid.*, p. 393; o "su ineficacia para asegurar una gestión eficaz de los intereses laborales", GABRIEL, P.: "Algunos notes sobre la implantación sindical de socialistes i anarquistes a Catalunya, abans deis anys de la Primera Guerra Mundial", en GONZÁLEZ PORTILLA *et al.*: *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*, pp. 555-567. Bellaterra, 1985.

¹⁰ TAVERA, S.: "La prensa anarco-sindicalista (1868-931)", en *Recerques*, núm. 8, pp. 85-102. Barcelona, 1978. MADRID, F.: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España: desde la Primera Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, tesis doctoral inédita, 3 vols. Universidad de Barcelona, 1988-89.

¹¹ *El Corsario*, 7 y 24 de mayo de 1891, pp. 3 y 1.

¹² *El Corsario*, 9 de octubre de 1892, pp. 1-2.

¹³ CALERO AMOR, A. M.: *Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)*, p. 140. Madrid, 1973. RIVAS LARA, L.: "Las celebraciones del 1 de mayo en el Madrid de la Restauración (1890-1930)", en BAHAMONDE, A., y OTERO, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1981*, vol. 11,

2. Las razones de una recuperación, 1898-1902

A comienzos del siglo XX, la huelga general -*imposible de predecir y casi de preparar*- deviene el mito revolucionario por excelencia ¹⁴. En los países avanzados -en términos de democracia e industrialización- de la Europa occidental, en las sociedades en las cuales la implantación del sufragio universal, de la instrucción obligatoria y la legislación laboral ha corrido pareja a un proceso de expansión económica que ha provocado la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, el mito de la huelga general cuaja en los ámbitos de la izquierda que no renuncian a encontrar una salida catastrófica al capitalismo. La bandera de la huelga general, entendida como la expresión más pura de la guerra de clases, se mantiene enhiesta, al mismo tiempo, entre la oposición interna que nace en el seno de los partidos de masa socialistas y en los núcleos refractarios a ese proceso de consolidación de los partidos obreros reformistas, de aquellas organizaciones gigantescas -la socialdemocracia alemana sería el caso paradigmático- que ofrecen el espectáculo de una enorme máquina burocrática donde la organización deviene un fin en sí misma ¹⁵.

En España, el reencuentro del proletariado militante con la huelga general nace de la confluencia de una serie de condiciones. En primer lugar, del endurecimiento de las condiciones de trabajo. La pérdida de las últimas colonias, en 1898, abrió un período de estancamiento en la producción industrial que comportó una crisis coyuntural del mercado de trabajo. Crisis que golpea fuertemente al sector

pp. 463-546. Madrid, 1989. FERRER, J.: *El primer "1r. de maig" a Catalunya*. Barcelona, 1972. En 1893, el 1 de mayo deja de ser una fecha amenazadora y pasa a presentarse como un día festivo: *Las Circunstancias*, 2 de mayo de 1893, p. 2. Fracaso de la campaña de las ocho horas y activismo terrorista, NÚÑEZ FLORENO, R.: *El terrorismo anarquista 1888-1909*, p. 50. Madrid, 1983.

¹⁴ ALVAREZ JUNCO, J.: *La ideología...*, p. 569. COLODRÓN, A.: art. cit., pp. 93-94.

¹⁵ Entre los defensores de la huelga general cabría citar nombres tan dispares como Rosa Luxemburg, Antonio Labriola, Jean Allemane, Fernando Pelloutier o Georges Sorel. El mito soreliano de la guerra de clases pervive en el anarcosindicalismo hasta la guerra civil. Véase la referencia ineluida en el plan de estudios de la Escuela de Militantes de la CNT en CARRETA OLIVER, J.: *El eco de Los pasos*, p. 227. Barcelona, 1978. PELLOUTIER y COLE, G. D. H.: *Historia del pensamiento socialista. III. La Segunda Internacional*, pp. 313-318. México, 1974 (12.ª reimp.). SOREL, LABRIOLA y STERNIHELL, Z.: *Naissance de l'ideologie fasciste*, pp. 63 y ss. París, 1989. El debate en el seno de la socialdemocracia en PARVUS, MEHRING, LUXEMBURG, KAUTSKY et al.: "Debate sobre la huelga de masas", en *Cuadernos del Pasado y Presente*, núm. 62-63. Córdoba (Argentina), 1975-76.

textil desde el verano de 1900 y que toca fondo entre 1901 y 1902 ¹⁶. El paro forzoso, la prolongación de la jornada laboral de los obreros que conservan su puesto de trabajo, la incorporación preferente de mujeres y niños -arraigada en el valle del Llobregat y facilitada, en el Ter y el Freser, por la renovación tecnológica- y el estancamiento de los jornales monetarios llevan a la radicalización del movimiento obrero. Radicalización que se plasma en las numerosas agitaciones que recorren la geografía industrial catalana en esos meses. Dicha crisis, además, acaece en una sociedad regida por un Estado que vivía unos momentos difíciles -tras la crisis del 98 Y luego con la desaparición de los dirigentes políticos como Sagasta o Silvela, que habían garantizado su estabilidad- y que siempre había mostrado una significativa rigidez al plantearse la posibilidad de dar respuestas legislativas al problema social ¹⁷. En palabras de Pérez Ledesma, *represión frente a tolerancia; inhibición, en vez de tutela; tal era, en resumidas cuentas, el planteamiento gubernativo, al menos a finales del siglo pasado, frente a la llamada "cuestión social"* ¹⁸. Ante tal panorama es comprensible que el antipoliticismo y la acción directa, de la que la huelga general aparece como expresión colectiva, surgiese como la única alternativa plausible -fruto de una decisión aparentemente racional y no puramente emotiva- para el obrerismo militante.

A estas razones cabría añadir un par de explicaciones que surgen del interior mismo del obrerismo finisecular y que explicarían la influencia, en su seno, de las tesis favorables al enfrentamiento abierto entre trabajo y capital. Desde un punto de vista organizativo, el obrerismo había vivido, entre 1898 y 1900, un rápido proceso de reactivación debido tanto a la necesidad de dar respuesta al deterioro de las condiciones de trabajo como al éxito de la plataforma para la revisión del Proceso de Montjuic. La amplia coalición de republicanos y obreristas con el objetivo común de lograr la rehabilitación de los

¹⁶ NADAL, J.: *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*, p. 217. Barcelona, 1989 (10.ª reimp.). NADAL J., y SUDRIA, C.: *op. cit.*, p. 21. SERRA I CARNÉ, J.: "La vaga de 1900 a Manresa", en *L'activitat industrial a la Catalunya interior*, p. 112. Manresa, 1989. SMITH, A.: *Social Conflict and Trade Union Organisation in the Catalan Cotton Textile Industry, 1890-1914*, 43 pp (tr. inédito).

¹⁷ FERRER ALÓS, L.: *Pagesos, rabassaires i industrials a la Catalunya Central (segles XVIII i XIX)*, pp. 387-394, 727-733. Barcelona, 1987. ULLMAN, Í. C.: *op. cit.*, p. 14. Para las iniciativas reformistas, ELORZA, A., e IGLESIAS, M. C.: *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889)*. Barcelona, 1973. DE LA CALLE, M. D.: *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*. Madrid, 1989.

¹⁸ PÉREZ LEDESMA, M.: *El obrero consciente*, p. 255.

individuos condenados a raíz del brutal atentado de la barcelonesa calle de Cambios Nuevos condujo a una ostensible recuperación de la presencia de la izquierda política y social en la prensa, en la tribuna y en la calle. En definitiva, contribuyó a la tímida liberalización que, en materia de libertades públicas, se registra con la llegada del nuevo siglo 19. Sobre la base de esa mayor libertad, de expresión y de organización, los trabajadores del textil, así como los de otros oficios, se lanzan precipitadamente a una serie de huelgas 20.

Resulta pertinente, a fin de comprender el contexto sobre el que se alza el éxito de la idea de huelga general, reflexionar sobre las causas de esa precipitación. La hipótesis que me parece más aceptable no es la de que nos encontremos, únicamente, ante la respuesta a un problema de deterioro coyuntural. La alteración negativa del mercado de trabajo, al comenzar el siglo, es un hecho, pero no puede decirse que las condiciones laborales y de vida hubiesen sido sustancialmente mejores en los años previos, y no por ello los trabajadores se habían embarcado en arduas luchas reivindicativas. La envergadura de la agitación obrera sólo puede entenderse atendiendo a las discontinuidades organizativas y al proceso de desarticulación de la economía moral de las clases populares.

En septiembre de 1899 se creaba la Federación Textil Española. Dicha Federación, que en 1900 asegurará contar con cerca de 70.000 afiliados, se alza sobre el vacío dejado por las Tres Clases de Vapor 21. Entre 1890 y 1891 las TCV habían impulsado una serie de huelgas locales que, a pesar de dar lugar a procesos de solidaridad local, se habían resuelto sin avances palpables. La intransigencia empresarial acabó debilitando a los elementos reformistas que copaban la dirección de la mítica organización textil. Cuando la FTE toma el relevo se operan una serie de cambios sustanciales. El papel dirigente de Barcelona se ha desplazado ahora a las localidades de la cuenca del Ter, y frente a los reformistas de las TCV -representados por Ramón Fontanals- se alza una sólida presencia socialista - Toribio

¹⁹ ALVAREZ JUNCO, T.: *El Emperador del Paralelo*, pp. 161 Yss.

²⁰ La precipitación ya fue atacada en la FTRE: "Nada más nocivo para la realización de este ideal y para la misma organización obrera que el constituirse en Sección de oficio y, a renglón seguido, el declararse en huelga. Es necesario ser prácticos y no comprometer la organización obrera con huelgas que no responden más que a la impresión del momento, porque por ese camino trabajamos, sin quererlo, en contra de nuestros mismos intereses", *Revista Social*, 3 de agosto de 1882, p. 1.

²¹ Un ejemplo de la implantación de la FTE: la Sociedad Fabril Algodonera de Manresa contaba, en 1900, con unos 2.000 afiliados, lo que suponía dos tercios de los trabajadores del textil de la localidad. SERRA I CARNÉ, J.: art. cit., p. 115.

Reoyo será el director del portavoz de la FTE- y una creciente influencia anarquista ²². Una nueva generación de obreros se agrupa en la FTE. A pesar de que la cifra de afiliados citada parece excesiva, en todo caso resulta evidente que se han superado, con creces, las cifras de adheridos a la vieja TCV: 21.000 afiliados en 1891. Se trata de una militancia nueva, irritada por la dureza patronal y el fracaso de las estrategias reformistas, afectada por la sustitución de la mano de obra masculina y por la recesión económica. Una militancia, en fin, que se lanza a la huelga en el momento en que se siente mínimamente organizada, que no duda en poner en peligro la estabilidad de las nuevas estructuras sindicales a cambio de detener el proceso de empobrecimiento al que se ve sometida.

Los efectos de la sustitución de la mano de obra masculina no deben contemplarse atendiendo sólo a su impacto material. Los obreros del Ter eran, en su mayoría, individuos recientemente incorporados al mundo industrial y, a menudo, combinaban el trabajo fabril con las labores agrarias. Partícipes de una economía dual, no habían abandonado los valores de una economía familiar campesina que no se oponía al trabajo femenino, pero lo consideraba complementario y subsidiario al del varón. Por otro lado, en el mismo medio industrial operaba una grave contradicción. Mientras que los hombres organizados sindicalmente, en su esfuerzo por asegurarse el monopolio de la fuerza de trabajo, tendían a la exclusión del trabajo femenino, esos mismos individuos, en tanto que cabezas de familia, pretendían asegurar a la estructura familiar unos ingresos suplementarios que sólo podían proceder del trabajo femenino o infantil ²³. La organiza-

²² SERRA, I: art. cit., p. 117. SMITH, A.: art. cit., pp. 23-24.

²³ La permanencia de la actitud familiar "chayanoviana" en un medio fabril en TILLY, L. A., YSCOTT, J. W.: *Women, Work and Family*. Nueva York, 1978. También "El trabajo de la mujer y la familia en Europa durante el siglo XIX", en NASH, M. (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, 1984. Estado de la cuestión y trabajo femenino e infantil en el ciclo de formación de las familias, en CAMPS, E.: "Els nivells de benestar al final del segle XIX. Ingrés i cicle de formació de les famílies a Sabadell (1890)". en *Recerques*, 24, pp. 7-21. Barcelona, 1991. En Inglaterra nos encontraríamos, en el marco de la segunda industrialización, con un mayor peso del salario de los varones adultos en el seno de la familia, en LEVINE, D.: "Industrialization and the Proletarian Family in England", en *Past and Present*, 107, 1985. STEDMAN TONES, G.: *op. cit.*, pp. 215-217. Las razones del rechazo del hombre a la incorporación de la mujer, en TREBLE, J. II.: "Skilled Sectionalism, Unemployment and Class in Glasgow 1880-1914", en FRASER, D. (ed.), *Cities, Class and Communication. Essays in Honour of Asa Briggs*, p. 134. Londres, 1990. El Ter, en ALBAREDA, J., y FICJEROLA, I.: "Una visió de la comarca d'Osona: anàlisi del control social en una comarca d'economia dual", en MIR, C. (ed.), *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauraació (187.5-1923)*, pp. 171-190. Lérida, 1989. Y SMITH, A.: art. cit., pp. 14-15.

ción del trabajo en las industrias catalanas decimonónicas había preservado este código de valores. Ocupadas las obreras en los procesos de preparación de la hilatura y del tisaje, sus salarios y su posición en la estructura jerárquica laboral perpetuaban su sumisión al hombre. Al iniciarse el siglo, la renovación tecnológica y la política empresarial de reducción de costes salariales modifican la situación. Y los efectos del cambio no deben menospreciarse al buscar los porqués de la racionalidad de la agitación social, al tratar de ver en esas luchas la expresión, al menos en parte, de un rechazo a las nuevas realidades, a la descomposición de un mundo de valores enraizado en la mentalidad obrera y popular.

El último de los factores que explican el éxito de la fórmula de huelga general en los ambientes avanzados del obrerismo tiene que ver con el intenso debate intelectual que remueve las aguas del anarquismo finisecular. A menudo se alude a la influencia del sindicalismo revolucionario francés para explicar la decisión de los anarquistas catalanes de incorporarse a las sociedades obreras y dotarlas de una dirección revolucionaria. O, en menor medida, se ha hablado de la recuperación de la huelga general como instrumento revolucionario en el seno del movimiento libertario internacional -tras el desencanto provocado por otras esperanzas milenaristas-, y su eco en España. Sin embargo, no es tan habitual establecer conexiones entre la impregnación cultural heterodoxa de aquellos años y la revalorización del mito de la huelga general.

El planteamiento de la huelga general como estallido espontáneo podría ser fruto del impacto en los medios libertarios del interés finisecular por la sociología y, especialmente, por la psicología social²⁴. Datos como el sentimiento de potencia invencible que el individuo

²⁴ ULLMAN, I. C.: *op. cit.*, p. 165. NADAL, I., y SIIDRIA, C.: *op. cit.*, p. 23. TERMES, I.: *De la Hevolució de Setembre a la fi de la Guerra civil (1868-1939)*, p. 186. Barcelona, 1987. ABELLÓ, T.: *Les relacions internacionals de l'anarquisme català (1881-1914)*, pp. 115 Y 120. Barcelona, 1987. El peso de la psicología social en *Ciencia Social* es elara. Su redactor, Pere Corominas, escribía a Unamuno, en 1896, dándole a conocer sus proyectos: "Ahora tengo la cabeza llena de planes de trabajo que me propongo realizar. Dos artículos para *Ciencia Social*, uno sobre estética de la acción y otro sobre los movimientos de las multitudes, será lo que más pronto lleve a cabo. También trabajo en una Psicología de los afectos, fundada en la propia observación interna. Como quiero terminar pronto el trabajo acerca de las multitudes (que he observado siempre que he podido, durante mucho tiempo), estoy leyendo lo que acerca de este punto han escrito Tarde, Sighele, Le Bon, Paul Adam y otros, para asegurarme de no haber descubierto el Mediterráneo", DIJARTE A.: *Pere Corominas: del republicanisme als cercles libertaris (1888-1896)*, pp. 118-119. Barcelona, 1988. Para la sociología criminal, LITVAK, L.: *España, 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona, 1990.

asume cuando se ve inmerso en la multitud y, sobre todo, los mecanismos de contagio mental y sugestibilidad, el estado de fascinación en que cae el individuo al sentirse partícipe de la masa -principios desarrollados por Gustave Le Bon en *Psychologie des Joules*, y alguno de ellos (inhibición colectiva de la función intelectual e intensificación de la afectividad en la multitud) formulados previamente por Sighele-, podían ser reinterpretados en clave libertaria. Ante la fragilidad de la acción organizada sólo cabía esperar un estallido puntual de ira que se generalizase por la dinámica interna de las multitudes. En todo caso, cabría preguntarse cuál sería el hipnotizador —o, usando un vocablo mucho más atrayente para el anarquismo, el apóstol- que arrancase a las masas de la indiferencia. Ferrer y Guardia, desde las páginas de *La Huelga General*, o Ioan Homedes, Teresa Claramunt y Leopold Bonafulla, en el mitin obrero del 16 de febrero de 1902, intentaron jugar ese papel —con mayor éxito, dadas las circunstancias puntuales (exasperación obrera tras largas semanas de conflicto), de los segundos-²⁵. La psicología social no aportó tan sólo una argumentación plausible para renovar las esperanzas en un levantamiento espontáneo de las masas obreras. También incrementó la confianza en la radicalidad de la acción de las multitudes en las calles. Le Bon, al asegurar que la multitud era impulsiva, versátil e inevitable, que sólo se regía por lo inconsciente, que no toleraba aplazamiento alguno entre el deseo y su realización, efectuaba una valoración negativa del comportamiento colectivo. Pero esos mismos datos son los que podían llevar a más de un anarquista a ver la huelga general como la forma de expresión colectiva en la cual la violencia, la espontaneidad, los entusiasmos irracionales y los heroísmos se canalizasen en el sentido deseado de alcanzar la revolución social.

La visión que de la Revolución de 1789 dio *La Huelga General* confirma la hipótesis de la influencia leboniana. La labor de los precursores de la revolución —de los artistas del Renacimiento a los políticos del código de los derechos del hombre- hubiese sido en vano de no producirse la intervención de la canalla de París. El progreso se hubiese detenido si esa masa, *impulsada por un movimiento irre-*

²⁵ LE BON, G.: *Psychologie des Joules*. París, 1926-33. FREUD, S.: *Psicología de las masas*, pp. 11-20. Madrid, 1989 (2.ª reimp.). SIGHELE: *ibid.*, p. 21. TAVERA ha insistido en la ayuda de Ferrer a la prensa libertaria de principios de siglo y en la vinculación forzosa de *La Huelga General* a la FRE de SR: arto cit., p. 97, *La Huelga General*, 15 de noviembre de 1901, pp. 7-8. RALLE, M., para la huelga minera de 1891, señaló que de la desesperación y frente a las debilidades organizativas surgían recursos insospechados; en "¿Divergencias socialistas? Madrid y Bilbao ante el conflicto minero de 1891", *Estudios de Historia Social*, núm. 15, p. 190. Madrid, 1980.

flexivo cuyo génesis es racionalmente imposible de reducir a un punto según las exigencias de la crítica histórica no se hubiese lanzado a la toma de la Bastilla. El argumento giraba sobre la impredecibilidad de las grandes revoluciones: “si los asaltantes hubiesen sido llamados media hora antes del asalto a votar sobre la conveniencia del mismo y la posibilidad del triunfo, de seguro hubieran respondido todos negativamente, y en lugar de la airosa y elegante columna de Julio que hoy alegra la anchurosa plaza, existiría la maciza fortaleza con sus fosos, puentes, torres, calabozos, víctimas y verdugos”²⁶.

Partiendo de ese trasfondo puede entenderse el límite más evidente, a principios de siglo, del principio de huelga general: su precario encaje en la perspectiva revolucionaria del anarquismo. Existía una teorización, utópica y de raíces idealistas, de la sociedad emancipada, basada en la ausencia de autoridad y en la socialización de los medios de producción. Existía también una concepción, poco precisa, de la huelga general: gesta revolucionaria teñida de espontaneísmo, presidida por una mezcla de elitismo y confianza instintiva en las masas. Pero no se elaboró un nexo claro entre una y otra. La huelga general rompía el viejo mundo y abría las puertas al nuevo. Pero, tras esta afirmación voluntarista, es difícil encontrar una argumentación que sitúe el papel de la huelga general en la construcción de la nueva sociedad. No parece, pues, que, en 1902, nos hallemos, a través de la recuperación del principio de la huelga general, ante la consolidación del nuevo anarco-sindicalismo, sino, más bien, ante la reutilización del concepto de revolución ochocentista justificada, ahora, por recientes aportaciones científicas, no siempre bien digeridas.

3. La revolución republicana y la huelga general

Una de las claves para la comprensión de las protestas populares en el cambio de siglo es la imbricación, en términos orgánicos pero también en el terreno de las mentalidades, del obrerismo y el republicanismo²⁷. Esta imbricación, por lo que se refiere al episodio concreto de la huelga de 1902, se ha despachado, habitualmente, cons-

²⁶ *La Huelga General*, 25 de noviembre de 1901, p. 1.

²⁷ ALVAREZ JUNCO, T.: “Racionalismo, romanticismo y moralismo en la cultura política republicana de comienzos de siglo”, en GUEREÑA, I. L., YTIANA, A. (eds.), *Clases populares, cultura, educación, siglos XIX-XX*, pp. 355-375. Madrid, 1989. Las relaciones bakuninismo-republicanismo en el Sexenio, en ELORZA, A., y RALLE, M.: *Los orígenes del PSOE*, pp. 18-22. Barcelona, 1989.

tatando la inacción de Alejandro Lerroux y el azoramiento e incompreensión de otros destacados líderes locales del republicanismo -Mir i Miró, Salas Antón- ante la autonomía de la protesta obrera ²⁸. No obstante, creo que conviene repensar -en línea con la propuesta de Alvarez Junco- las conexiones del movimiento huelguístico con la cultura republicana y, concretamente, con la visión insurreccional que formaba parte de la perspectiva republicana de cambio político y social.

No faltaron durante aquellas semanas de febrero de 1902 ejemplos de colaboración republicana con las sociedades obreras. Cuila nos recuerda que Joan Colominas Maseras, miembro de una familia de conspicuos zorrillistas de la popular barriada de la Barceloneta, participó, junto a las sociedades metalúrgicas, en la preparación de la huelga. En rigor, la entidad promotora del conflicto era una federación de sindicatos de oficio del metal -**La Unión Obrera Metalúrgica**- que venía a culminar los esfuerzos, prolongados a lo largo de una década, de una serie de dirigentes obreros republicanos por dotar de estructuras societarias a los trabajadores del metal. De Ignasi Clariá, director de *La Huelga General*, se sabe que jugó un papel destacado en la potenciación de un movimiento obrero vinculado al republicanismo, convirtiéndose en uno de los puentes de enlace entre los ambientes filoanarquistas y Lerroux ²⁹. Especialmente interesante es el caso de Luis Zurdo Olivares. Este destacado dirigente ferroviario, que en 1893 había tenido el primer contacto con Lerroux, fue una pieza clave en el desarrollo de las sociedades de obreros ferroviarios y en la dirección de *La Tracción Ferroviaria Ilustrada*. En 1902 encontramos su firma en las páginas de *La Huelga General*. Desde ellas insistirá en la facilidad con que podía llevarse a cabo la huelga general ferroviaria y su trascendencia para el conjunto de las aspiraciones de la clase obrera: "De su realización, hecha con plan definido, sobrevendría la total paralización de la vida industrial, puesto que todo quedaría en suspenso en todo el país, y sería general para todos los oficios." Al ser una acción de eficacia inmediata no era necesario contar con una nutrida caja de resistencia ni temer a la represión. Tras el fracaso de febrero, Zurdo insistirá en sus proyectos en el marco del Congreso ferroviario, celebrado en Madrid el mes de julio. La aureola que le procuró el activismo sindical le permitió, en 1903, dar el salto definitivo a la lucha política, integrando-

²⁸ HURTADO, A.: *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps, 1894-1930*, pp. 73-74. Barcelona, 1969. CULLÀ, J. B.: *El republicanisme...*, pp. 54-55.

²⁹ CULLÀ, J. B.: *op. cit.*, p. 54. CUADRAT, X.: *Socialismo y anarquismo...*, p. 94.

se en las filas del radicalismo sin abandonar su papel dirigente entre los obreros ferroviarios³⁰. El análisis de la actitud del mismo Lerroux tampoco puede reducirse a constatar su inacción. El apoyo logístico a la huelga -poniendo a disposición de los anarquistas la imprenta de *El Progreso* para la edición de sus hojas clandestinas-, así como sus intervenciones en la tribuna parlamentaria, nos sitúan ante una actuación *ambivalente y múltiple, como lo era la utilización que el republicanismo radical hacía de la conflictividad laboral en su pugna contra la monarquía*³¹; pero, en ningún caso, ante una simple ausencia de interés.

Estos contactos puntuales no responden a impulsos estrictamente personales. Su explicación se encontraría en la apuntada existencia de una común y determinada visión del mundo y de sus posibilidades de transformación. El concepto republicano de revolución, sólidamente instalado en la cultura política decimonónica, presenta ciertas similitudes con la idea obrerista de huelga general. Parece claro que en el año 1890 ha entrado en crisis la visión insurreccionalista del republicanismo. El fracaso de las intentonas zorrillistas de la década de los ochenta obliga a repensar la idea de revolución política³². Se tratará de un proceso lento, en donde se superponen viejos y nuevos elementos. El veterano conspirador Nicolás Estévanez, que también colaboró en *La Huelga General* y que mantenía estrechas relaciones con Ferrer, o el joven y brillante agitador Alejandro Lerroux canalizan buena parte de sus energías en ese esfuerzo de redefinición doctrinal. Estévanez será el autor, unos años más tarde, de un renombrado artículo que conseguiría seducir a muchos anarquistas al trazar sobre el papel los rasgos fundamentales que había de tener la deseada revolución popular -a la luz del día, violenta y viril-, al margen de los partidos, dotada de una estrategia militar muy próxima a la de las modernas guerrillas urbanas³³. Lerroux, por su parte,

³⁰ *La Huelga General*, 25 de diciembre de 1901, p. 4. *Ibid.*, 15 de noviembre de 1901, p. 3, y 15 de enero de 1902, p. 3. PRADAS ANDREU, J.: "Luis Zurdo de Olivares: entre el obrerismo i el radicalismo", en *Colloqui Internacional "Revolució i Socialisme"*, vol. II, pp. 287-301. Bellaterra, 1989. Legislación ante las huelgas ferroviarias, en SOTO CARMONA, A.: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, pp. 419-420. Barcelona, 1989.

³¹ ALVAREZ TUNCO, J.: *El Emperador...*, p. 273. REIG, R.: *Obrers i ciutarlans. Blasquisme i moviment obrer*, pp. 293 Yss. Valencia, 1982.

³² DARDÉ MORALES, C.: "El procedimiento revolucionario y los republicanos en España durante los primeros años de la Restauración", en *Colloqui Internacional*, vol. II, pp. 49-63. ALVAREZ TUNCO, J.: *El Emperador...*, pp. 197-202.

³³ MORRAL, M.: *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévanez*, pp. 11-16. Barcelona-Palma de Mallorca, 1978.

y en plena campaña para la revisión del proceso de Montjuic, colocó en la prensa libertaria algunos artículos de tono doctrinal que refuerzan la tesis de la existencia de un sustrato ideológico común. Resulta revelador un escrito publicado, en 1898, en *La Revista Blanca*. En dicho texto, Lerroux sostenía que la revolución se gestaba durante años en la conciencia social, que era algo muy distinto del motín o del pronunciamiento militar y que constituía una explosión de fuerza purificadora imposible de controlar. "Revolución -aseguraba- vale tanto como explosión y transformación. Pretender realizarla con sujeción a un programa es inexacto. Ningún geólogo del mundo ha trazado jamás previamente el programa de un terremoto, su fuerza, su dirección, su extensión; ni mucho menos el mapa de la tierra dislocada por el fenómeno sísmico"³⁴.

La revisión republicana del concepto de revolución -objetivo que exigía anclarse en actitudes inequívocamente radicales- era susceptible de atraer a núcleos obreristas radicalizados. Frente a tal contingencia el anarquismo intentó la transposición del mito revolucionario en términos de huelga general³⁵, al mismo tiempo que intentaba deslindar los campos respectivos insistiendo en un principio que tenía, como la propia idea revolucionaria, sólidas raíces en la cultura política popular: la ruptura entre *asociación y política*³⁶. En todo caso, resultaba complicado marcar distancias. Durante los primeros años de la Restauración, el republicanismo intransigente había optado por el retraimiento, más o menos sistemático, ante la lucha electoral. Además, las nuevas generaciones de republicanos, desengañadas de los partidos heredados del Sexenio, optaron por un revolucionarismo que subordina la fijación de fórmulas de acción política a la tarea de adentrarse en el espinoso terreno de la plasmación de un nuevo discurso populista³⁷. Un discurso que podía llegar a ocultar la ambivalente actitud de unos republicanos que, a pesar de su retórica rupturista,

³⁴ *La Revista Blanca*, 1898, pp. 81 Y ss.

³⁵ Un publicista anarquista comentaba, a raíz de los acuerdos de los allemanistas en el sentido de rechazar la táctica electoral y confiar en la realización de su ideal a la huelga general, que ésta "no es más que una fórmula obrera que concreta para la masa trabajadora la vieja palabra revolución", en *Ciencia Social*, diciembre de 1985, pp. 90-91. Para el concepto revolución, RALLE, M.: "[E]l Partido Socialista Obrero frente al concepto de revolución (1879-1902)", en *Coloqui Internacional...*, vol. 1, pp. 169-184, Yesp. pp. 171-172.

³⁶ RANCIÈRE, J.: "La escena revolucionaria y el obrero emancipado", *Historia Social*, núm. 2, pp. 16-17. Valencia, 1988.

³⁷ El análisis de este discurso constituye uno de los ejes centrales del libro de ALVAREZ JUNCO: *El Emperador del Paralelo*. Véase el dossier de *Historia Social*, núm. 2.

no renunciaron a presentar candidatos en los sucesivos comicios, y a mantener en pie un amplio margen para la confluencia/confusión semántica. De ahí la insistencia anarquista en la conveniencia de empezar la revolución con una huelga de electores³⁸. De ahí, también, que Ferrer escribiese, dos días antes del inicio de la huelga general, que *los republicanos no son revolucionarios; sólo la huelga general hará la Revolución*³⁹. En otras palabras, la huelga general se deslinda de la revolución decimonónica -de la cual se ha nutrido- en un contexto presidido por el intento libertario de sustraer a las clases populares de la influencia republicana, de cortar de raíz iniciativas como la Candidatura de Justicia -presentada en las legislativas del 27 de marzo de 1898, con la finalidad de forzar la revisión del proceso de Montjuïc- o los sucesivos intentos de Lerrooux, en 1901 y 1903, de capitalizar dicho movimiento revisionista en términos electorales⁴⁰.

La ruptura republicanismo-obrerismo (o mejor, Lerrooux-anarquistas) no llegó hasta 1903 y aun podría decirse que fue un proceso contradictorio (la ruptura fue más fácil en el terreno formal que en el de la ideología y las mentalidades) y vacilante, reflejo del peso de esa tradición compartida.

4. Los límites de la huelga general: lucha cotidiana y emancipación social

Como hemos visto, a partir de 1900 una renovada agitación obrera preside las relaciones sociales industriales, al tiempo que la noción de huelga general es recuperada en los medios anarquistas y prende en el seno del obrerismo. Quedan, sin embargo, un par de cuestiones por responder. La primera, por qué, de 1900 a 1902, una determinada combinación de factores permitió que cuajaran en Sevilla, La Coruña, Gijón o Barcelona⁴¹ episodios concretos de huelga general. La segunda, qué morfología adoptaron dichas agitaciones y hasta qué punto respondían a motivaciones concretas o bien a la existencia de

³⁸ *La Huelga General*, 15 de diciembre de 1901, p. 2. *El Corsario*, 5 de marzo de 1893, p. 2. Recuperación de figuras como Pi y Margall; *La Huelga General*, 5 de diciembre de 1901, p. 1.

³⁹ *La Huelga General*, 15 de febrero de 1902, pp. 3-4.

⁴⁰ ALBERTI, S.: *El republicanisme català i la Restauració borbònica (187.5-1923)*, p. 111. BARELONA, 1972. DUARTE, A.: *Pere Corominas...*, p. 144. ALVAREZ JUNCO, J.: *La ideología política...*, p. 422.

⁴¹ COLONDRÓN, A.: art. cit., pp. 86-90.

una perspectiva emancipadora inmediateista. En este apartado intentaremos dar algunas respuestas -necesariamente hipotéticas, dado el estado de los estudios sobre el período- para el caso catalán.

En Barcelona la huelga general llega tras una larga lucha, iniciada en diciembre de 1901, de los oficios metalúrgicos por la reducción a nueve horas de la jornada laboral. El objetivo del movimiento podría hacer pensar que nos hallamos ante una huelga ofensiva y, consecuentemente, ante un salto cualitativo en el seno de la cultura obrera ⁴². Frente al carácter defensivo de las luchas del textil en los años previos -contra la incorporación del trabajo femenino y sus consecuencias de subempleo y descualificación de la mano de obra masculina-, la huelga de 1902 aparecería como un combate nuevo en el cual una fracción de la clase obrera se plantea la revisión del pacto social existente entre capital y trabajo ⁴³. Sin embargo, esta percepción se tambalea si reflexionamos sobre los protagonistas primeros de la lucha obrera y si hacemos un esfuerzo por aproximarnos a las razones reales que les impulsan al enfrentamiento global contra la patronal-la reducción de la jornada como mecanismo para la absorción del desempleo existente en el sector-o La agitación empieza, como ya se ha señalado, entre los obreros de oficio. Son los fundidores y caldereros de hierro, los cerrajeros mecánicos, los lampistas, los latoneros y los hojalateros quienes se lanzan a la huelga ⁴⁴. Este activismo contrasta con la inactividad de los obreros de los grandes talleres de la Barceloneta, éstos sólo se sumarán a la huelga cuando la polarización que el conflicto introduce en la vida ciudadana deslinda los campos patronal y obrero en dos frentes bien definidos. El protagonismo de los obreros de oficio, así como la renuencia de los operarios de los talleres importantes, nos resitúa ante las raíces del conflicto.

La metalurgia catalana vivía un proceso contradictorio con el cambio de siglo. A esas alturas se habían fijado los límites de la industria catalana de bienes de equipo. Al haber quedado reducida, a causa de los problemas energéticos, de materias primas y de mercado, al terreno de la metalurgia y de las construcciones mecánicas, los herederos de aquella generación, que a mediados de siglo había creado los primeros grandes talleres metalúrgicos, pasan a invertir en el

⁴² Para el concepto de cultura obrera, véase LAY, A.: "Scioperi per, scioperi contro, Hivendicazioni e cultura operaia, 1894-1913", en *Quaderni Storici*, núm. 47, p. 487. Roma, 1981.

⁴³ LAY, A.: art. cit., pp. 488-489.

⁴⁴ RAMOS-BENGOECHEA: art. cit., p. 80. *La Huelga General*, 25 de diciembre de 1901, pp. 6-7.

País Vasco. Por otro lado, con la llegada del nuevo siglo los constructores de máquinas de vapor consiguen desplazar la maquinaria extranjera, pero ello ocurre cuando el uso de la energía hidráulica está desplazando al vapor. Con todo, no podemos olvidar algunos datos que nos sitúan ante una cierta, aunque limitada por los anteriores factores, expansión. La construcción naval alcanza su pleno desarrollo en esos años, gracias a la Ley de Construcción de la Escuadra de 1887. Una vez superadas las difíciles etapas iniciales, la Maquinista Terrestre y Marítima contrata con la empresa suiza Wintertthur la licencia exclusiva de venta y fabricación de sus motores de gas en el mismo momento en que las demandas de material por parte de las compañías ferroviarias -en 1899, mediante concurso público, se les han adjudicado la construcción de quince máquinas de tren para MZA- aumentaban sustancialmente. Datos que permiten entender el salto registrado por la metalurgia. Según las cifras elaboradas por Jordi Nadal, el sector habría pasado de representar un 2,45 por 100, en 1856, de la estructura industrial catalana, a alcanzar el 7,05 por 100 en 1900; y la participación catalana en el conjunto de la producción metalúrgica española habría pasado del 21,01 al 33,29 por 100 en las mismas fechas ⁴⁵.

En definitiva, y dentro de límites que le eran propios, la metalurgia catalana se hallaba en una fase expansiva, de crecimiento de los talleres industriales, de reorganización del trabajo y de mecanización -con su corolario de estandarización de las tareas-, que permitió la incorporación de obreros no cualificados en puestos claves del proceso de producción, en detrimento de los obreros cualificados. La habilidad manual, la capacidad de ejercer la iniciativa individual en el puesto de trabajo -rasgos característicos del antiguo trabajador cualificado, heredero de los medios artesanales, y adquiridos en el curso del tradicional proceso de aprendizaje-, pierden relevancia ⁴⁶. Los nuevos sistemas de intervención empresarial tienden a eliminar el peso del obrero directivo.

⁴⁵ NADAL, J.: "L'economia catalana en el mare de l'economia espanyola: Catalunya, la fàbrica d'Espanya (1833-1936)", en AA. VV. *Catalunya i Espanya al Segle XIX*, pp. 61 Y71. Barcelona, 1987. NADAL, J. et al.: *España: 200 años de tecnología*, pp. 74-76. Madrid, 1988. GARRABO(), R.: *Enginyers industrials modernització econòmica i burgesia a Catalunya (1850-inicis del segle XX)*, pp. 163 y ss. Barcelona, 1982. ESCRIBANO, A.: "La Maquinista Terrestre i Marítima", en *Recerques*, núm. 18, p. 160. Barcelona, 1986.

⁴⁶ TREBLE, J. JI.: *arto cit.*, pp. 129-131. Las vías alternativas de creación de mano de obra especializada eran muy precarias. En 1903, la Escuela provincial de Artes y Oficios de Barcelona expidió seis diplomas de aptitud, uno de ellos como jefe de taller de industrias mecánicas: *Anuario Estadístico de la ciudad de Barcelona. Año 1, 1902*,

Este es un proceso que ya se había dado en el textil, en los años ochenta, y los trabajadores metalúrgicos conocían el impacto que sobre la posición laboral y social de los mayordomos y contra maestres del textil había tenido esa reorganización 47. No en vano, Barcelona, y por extensión Cataluña, era, con algunas excepciones, una estructura integrada en la cual las dificultades de un sector podían tener efectos negativos sobre todo el espectro laboral. Es por ello que, ya en 1890, los oficios metalúrgicos se intentan organizar, contando con el apoyo de ciertos ámbitos republicanos, y pasan a elaborar unas bases de trabajo en las cuales la cuestión del aprendizaje adquiere relevancia 48. La huelga de 1902 habría, pues, de analizarse como el resultado de una larga trayectoria de los obreros especializados del metal que, habiendo comprobado el desmantelamiento de las viejas formas de aprendizaje en el textil y su impacto en la dinámica de descalificación y desempleo entre los trabajadores textiles, recurren a la demanda de las nueve horas en un desesperado intento de frenar la pérdida de expectativas laborales y sociales.

En rigor, los metalúrgicos no eran el único sector amenazado por el proceso descrito. La respuesta de quienes sienten la amenaza sobre el *statu quo* no es monolítica. Depende tanto de la fuerza de la amenaza como del dinamismo o la debilidad de sus organizaciones sindicales. Es evidente que, en el marco de las transformaciones industriales del cambio de siglo, el metal era un sector especialmente afectado por la perspectiva de cambio. También lo es el hecho que los obreros cualificados del sector (y aquí el papel de los republicanos, antes que el de los anarquistas, es fundamental) contaban con una federación sindical operativa y hegemónica, especialmente si se establece la comparación con otros sectores laborales. Estas serían las

p. 298. Barcelona, 1903. ALBERDI, R.: *La formación profesional en Barcelona. Política, pensamiento, instituciones, 1875-1923*. Barcelona, 1980. La regulación del aprendizaje, en el caso del textil, continuó presidiendo el conflicto entre empresarios y obreros directivos hasta bien entrado en siglo xx, MARQUÈS I Mm, J.: *Historia de l'organització sindical tèxtil "El Radium"*, p. 55. Barcelona, 1988.

⁴⁷ DJARTE, A.: "Mayordomos y contra maestres. Jerarquía fabril en la industria algodonera catalana, 1879-1890", en *Historia Social*, núm. 4, pp. 3-20. Valencia, 1988.

⁴⁸ RALLE, M.: "La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración (1875-1910)", en *Estudios de Historia Social*, núms. 50-51, pp. 165-167. Madrid, 1989. LEQUIN, Y.: "Apprenticeship in Nineteenth-Century France: A Continuing Tradition or a Break with the Past?", en KAPLAN, S. Lo, YKOEPP, C. J. (eds.), *Work in France. Representations, Meaning, Organization and Practice*, pp. 457-474. Londres, 1986.

causas que convierten a los oficios metalúrgicos en la punta de lanza de una agitación que desemboca en una huelga general.

En todo caso, una verificación rigurosa de la hipótesis de una huelga general defensiva y activada por unos obreros de oficio que ven amenazadas sus tradicionales bases de preponderancia laboral y social sólo se podrá realizar en el momento en que conozcamos mejor las condiciones de trabajo en el sector, así como algunos elementos complementarios que aquí tan sólo pueden apuntarse. Primero, los efectos de las últimas crisis coloniales no ya en la producción industrial, sino en la capacidad de ahorro de los trabajadores cualificados. El dirigente federal Pi y Margall había atribuido un alto grado de responsabilidad en la incapacidad para el ahorro de los artesanos y clases medias al sistema de conscripción vigente en el país. Este ahorro, fundamental para resistir los efectos de la crisis de trabajo, se destinó, entre 1895 y 1898, a la redención en metálico y su ausencia puede hallarse en la raíz de la radicalización social ⁴⁹. Segundo, la posible incidencia de una inmigración, moderada pero continua, carente de instrucción y que constituía una mano de obra abundante y barata, partidaria de la incorporación de mujeres y niños para garantizar un volumen de salarios agregados a la estructura familiar y susceptible de ser incorporada como peones en las nuevas tareas industriales, acelerando la dinámica de descualificación y subempleo de los oficios ⁵⁰. Finalmente, en tercer lugar, se debería tener en cuenta la posible incidencia de esta dinámica en la configuración de una cultura política propia de los obreros cualificados en detrimento de la solidaridad de clase en el seno de la clase obrera. La revitalización del sectarismo y la francmasonería, en el cambio de siglo y entre los obreros cualificados, ha sido contrastada para el mundo anglosajón. En el caso español, no disponemos de una aproximación cuantitativa, pero sí de algunas evidencias cualitativas del peso de los obreros cualificados en las logias masónicas ⁵¹. Ciertamente, es difícil asegurar que aquí la masonería sea -como en ciertas áreas de Inglaterra y Escocia- un instrumento de control para el acceso a las ocupaciones cualificadas, o un mecanismo de autodefensa ante las amenazas derivadas del proceso de modernización económica. Pero lo cierto es

⁴⁹ SALES, N.: *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, p. 214. Barcelona, 1974.

⁵⁰ *Anuario estadístico...*, p. 124. VANDELLÚS, J. A.: *Catalunya, poble decadent (1935)*, pp. 52 Yss. Barcelona, 1985. TERMES, J.: *La immigració a Catalunya i altres estudis d'història del nacionalisme català*, pp. 192-193. Barcelona, 1984.

⁵¹ TREBEL, J. 11.: art. cit., pp. 134-135. SÁNCHEZ FERRÉ, P.: *La Lògia Lealtad. Un exemple de maçoneria catalana (1868-1939)*, p. 187. Barcelona, 1985.

que, en ningún caso, se ha intentado establecer la posible conexión entre ambas variables.

Por lo que se refiere a la morfología de los sucesos de febrero de 1902, éstos se han presentado como un punto de inflexión que marcaría el paso del motín, que en el último cuarto del siglo XIX canalizó la protesta popular ante las exceciones indirectas, a la moderna huelga general. Esta visión puede matizarse en base a los estudios realizados sobre las formas de agitación popular en los últimos años del siglo pasado ⁵². Ni la huelga general es tan novedosa -enlaza con la tradición internacionalista-, ni los rasgos definitorios de las revueltas finiseculares desaparecen súbitamente. Por una semana, el protagonismo social recae en esos 80.000 a 100.000 obreros que abandonan sus puestos de trabajo, que hallan en las sociedades de oficio el instrumento para diseñar los movimientos colectivos, y que paralizan, mediante piquetes, la actividad industrial y comercial y el transporte urbano, pieza básica para el éxito de la empresa, al causar una honda impresión tanto en los sectores potencialmente incorporables como entre una ciudadanía a la que conviene mostrar el tremendo poder de los obreros en las calles.

Aunque los principales incidentes se registran en los barrios populares -especial intensidad parecen revestir los enfrentamientos en el Poble Sec, Poble Nou (donde la Guardia Civil es atacada desde los balcones y terrazas) y las rondas que rodean el casco antiguo- hay sucesivos intentos de hacerse con el centro de la ciudad: Ramblas y Plaza de Cataluña. Intentos que, como se pensaba inicialmente, se produjeron de forma pacífica y que sólo desembocaron en duros enfrentamientos en el momento en que interviene la fuerza pública. Tanto los ataques a las fuerzas encargadas de la represión como, sobre todo, el asalto a los fieltos o a las panaderías -especialmente a partir del momento en que el hambre se deja sentir en las familias populares- nos remiten a formas de lucha más propias de los tradicionales y episódicos motines decimonónicos que a las modernas formas de conflicto industrial ⁵³. En otras palabras, aunque el agen-

⁵² REVENTÓS, M.: *Els moviments socials a Barcelona en el segle XIX (192.5)*, pp. 184-185. Barcelona, 1987. SEHRANO, C.: "Guerra y crisis social: los motines de mayo del 98", en *Estudios sobre Historia de España (homenaje a Tuñón de Lara)*, pp. 439-449. Madrid, 1981. GIL NOVALES, A.: "La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)", en *Trienio*, núm. 7, pp. 73-217. Madrid, 1986. CASTHO ALFIN, D.: "Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del cielo revolucionario?", en *Historia Social*, núm. 5, pp. 37-49. VALLEJO POJSADA, R.: "Pervivencia de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892", en *Historia Social*, núm. 8, pp. 3-27, 1990.

⁵³ Para una reflexión sobre los cambios en los métodos de lucha popular, véase

te social de la huelga general es la clase obrera —con un peso fundamental, como hemos señalado, de los trabajadores de oficio—, las modalidades de su acción colectiva presentan rasgos de modernidad junto a otros heredados del pasado y que, lejos de desaparecer, rebotan en los años venideros⁵⁴.

Tan significativo del grado de modernidad de la huelga general de 1902 resulta el análisis de sus protagonistas activos como el de aquellos que se encargaron de su represión. Es bien conocido el nivel de presencia del aparato militar sobre la sociedad civil en la España de la Restauración. Presencia que se acentuó a fines de siglo y que, en la huelga de 1902, juega un papel determinante —garantiza la normalización de la vida ciudadana, acaba con la resistencia obrera y, en último extremo, asegura la presencia del Estado en Cataluña—⁵⁵. Si, inicialmente, el movimiento es visto con una cierta tolerancia por el Gobernador civil de Barcelona⁵⁶, pronto esta actitud se reconduce con una aproximación rápida a las iniciativas de la burguesía industrial⁵⁷. Sólo se ha aceptado un cierto grado de conflictividad mientras ésta no ha amenazado seriamente el *statu quo* y, en cambio, servía para poner en evidencia la debilidad del discurso unanímista del catalanismo político que se potenciaba desde ambientes industriales.

Finalmente, cabría preguntarse si la huelga de 1902 significó un paso adelante en el camino de la consolidación de formas sindicales estables y operativas. Estas, señala Hobsbawm, crecen compulsivamente y se consolidan en la medida que pasan a ser organismos útiles para la defensa de los intereses de los obreros, para lo que es preciso el reconocimiento como tales por parte de la patronal⁵⁸. El terror

la introducción de ENGELS, F., y MARX, K.: "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en MARX, K., Y ENGELS, F. (eds.), *Obras escogidas*, vol. 1, pp. 112 Y ss. Madrid, 1975. Descripción de los sucesos de Barcelona en *La Huelga General...*

⁵⁴ De la permanencia de los rasgos del conflicto social ochocentista es un ejemplo la Semana Trágica, de 1909, con su desarrollo al margen de Solidaridad Obrera, con sus motivaciones —rechazo de la conscripción, anticlericalismo—, con sus formas de acción —motín urbano acéfalo, barricadas, incendios de edificios religiosos.

⁵⁵ CASTRO ALFÍN, D.: "Protesta popular y orden público: los motines de consumos", en CARC/A DELGADO, J. L. (ed.), *España entre dos siglos (187.5-1981). Continuidad y cambio*, pp. 109-12:3. Madrid, 1991.

⁵⁶ La repercusión de la tolerancia gubernamental en la pervivencia de los métodos y planteamientos extremistas, FUSI, I. P.: *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, p. 100. Madrid, 1975. Ataques de la patronal en DE RIQUER, B.: *op. cit.*, p. 231.

⁵⁷ RAMOS-BENGOECHEA: art. cit., p. 84.

⁵⁸ HOBSBAWM, E. T.: *El mundo del trabajo*, pp. 185-215. Barcelona, 1987.

provocado entre la burguesía por las jornadas de febrero de 1902 ⁵⁹ Y la derrota a que se vieron abocados los trabajadores implicados no constituyen las mejores bases para edificar ese sólido entramado. Con todo, la derrota generó algo más que un simple desencanto. Los anarquistas atribuyeron el fracaso a la ausencia de combatividad de una clase obrera incapacitada para concebir realidades de envergadura. De hecho, las dificultades para romper radicalmente con la dependencia ideológica del republicanismo, la ausencia de voluntad combativa de los trabajadores y la incapacidad para articular un sindicalismo que permitiese superar el estadio de las revueltas populares y espontáneas eran síntomas complementarios de la debilidad de la política obrera barcelonesa.

Esa incapacidad de la masa de trabajadores para vincular la lucha concreta a un proyecto de transformación de la realidad social justificaría la revisión posterior -en términos sindicalistas- en el seno del anarquismo. Era prioritario el esfuerzo por acelerar la formación de una nueva cultura obrera, más impermeable a los intentos de las clases medias republicanas por guiarla. Y en ello iban a coincidir con los sectores más proclives a la lógica sindical dentro del socialismo catalán y con una parte importante del societarismo de oficio ⁶⁰. El mito de la huelga general había mostrado sus límites. En 1902, la realidad se impone. No se abandona el mito, pero se resitúa en un cuadro general para la transformación del orden social cuyo primer elemento pasa a ser la estructura sindical. Con ello se abre un proceso policéntrico. Las nuevas estrategias sindicales, tanto de matriz socialista como anarcosindicalista, emergerán de las experiencias concretas de las huelgas que recorren España en los primeros meses del siglo ⁶¹. En Barcelona se ha abierto el camino que, arrancando del desenlace de la huelga de 1902, llevará hasta la Solidaridad Obrera y la CNT.

⁵⁹ Al tratar del impacto de la huelga de febrero en la mentalidad burguesa hay que tener en cuenta que se inscribía en un contexto amenazante presidido por los magnicidios y por agitaciones obreras como la que convulsionó el norte de Italia en 1898.

⁶⁰ El rol socialista en MORATO, J. J.: *El Partido Socialista Obrero (1918)*, pp. 158-159. Madrid, 1976. CUADRAT, X.: *op. cit.*, pp. 83 Y ss. BALCELLS, A.: "El socialismo en Cataluña hasta la Guerra civil", JULIA, S. (coord.), *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, p. 15. Madrid, 1988. TUÑÓN DE LARA, M., Y PÉREZ LEDESMA, M.: *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*. Valencia, 1977.

⁶¹ BARRIO ALONSO, A.: *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890-1936)*. Madrid, 1988. PIQUERAS, J. A.: "Sindicatos y ámbito sindical. Interpretación del ugetismo valenciano", en *Historia Social*, núm. 9, especialmente pp. 19-21. Valencia, 1991.